



Columna

Rodolfo Ugarte
Arquitecto



Antofagasta en su punto bisagra

En el tenis se habla de “punto bisagra” cuando un solo punto puede definir el curso completo de un partido. Hoy, sin duda, la Región de Antofagasta vive su propio punto bisagra territorial.

El Gobierno Regional, en una acción excepcional, desarrollará de manera simultánea tres procesos clave para el futuro de Antofagasta: la Estrategia Regional de Desarrollo (visión y lineamientos estratégicos para la inversión), la Zonificación del Borde Costero (definición de usos vinculantes a concesiones marítimas) y la Hoja de Ruta del Hidrógeno Verde (plan de acción para hacer posible esta industria emergente). Tres instrumentos que, en conjunto, pueden alinear visión, planificación y acción. Nunca habíamos articulado el para qué, el cómo y el qué de nuestro desarrollo territorial. Quizás ahí radique el origen de muchas de nuestras fragmentaciones, conflictos e incoherencias que nos condicionan.

Esta convergencia no es solo inédita. Es una oportunidad histórica para repensar el rol del Estado y la manera en que concebimos el desarrollo territorial. La planificación debe dejar de ser un ejercicio técnico fragmentado. Debe convertirse en un proceso permanente de gobernanza, capaz de articular visión estratégica, políticas públicas e inversión. Esto implica un salto conceptual: dejar atrás la planificación sectorial y avanzar hacia una gestión territorial integrada, que considere simultáneamente los usos de suelo, los recursos estratégicos, la infraestructura habilitante y la vocación ecológica del territorio como sistema vivo.

Nuestra región, marcada por una historia y presente de extractivismo, donde la inversión se ha relacionado con el territorio bajo una lógica de enclave, enfrenta hoy desafíos globa-

les como la transición energética y la crisis climática.

A esto se suman demandas locales urgentes: diversificación productiva, inclusión social y regeneración ambiental. Ya no basta con planificar. Debemos gestionar de forma habilitante, con un Estado que rompa las barreras ideológicas que lo han reducido al rol de mero espectador o fiscalizador. Un Estado que se transforme en un actor proactivo, capaz de anticipar, activar, coordinar y desencadenar procesos transformadores.

En este marco, integrar conceptos como ordenamiento territorial e infraestructura compartida resulta clave para no repetir los errores de las últimas décadas. Antofagasta, siendo la región con mayor demanda de agua y energía para la industria en todo el país, no fue capaz de impulsar una desaladora pública ni redes eléctricas de alta tensión de uso compartido. La relación entre ordenamiento territorial e infraestructura compartida no es una abstracción. La industria del hidrógeno presenta los mismos desafíos que enfrentaron las industrias anteriores. ¿Por qué no imaginar una red pública de almacenamiento y distribución de hidrógeno verde, al servicio de múltiples proyectos, como ocurre en los clústeres industriales de Rotterdam o Hamburgo, que marcan la vanguardia de esta industria a nivel mundial? ¿O dejaremos nuevamente el territorio a merced de la libre demanda, como ha sido históricamente, maximizando conflictos y barreras?

Ojalá que el año 2025 sea recordado no solo como el más ambicioso en planificación regional, sino como el año en que la Región dejó de ser solo el territorio que más produce para el país, y comenzó a ser el mejor lugar para vivir. No por lo que produce, sino por lo que promueve y posibilita a sus habitantes.